

Modesta ofrenda

La amistad impone deberes ineludibles, y en atención a ellos correspondo a la llamada de ARIEL para ofrecer el tributo de mis limitaciones a uno de los más nobles monumentos literarios producidos por el ingenio humano: el inmortal don Quijote de la Mancha. Esta llamada señala discretamente el campo de acción a que deberá concretarse nuestra labor, consistente en manifestar la expresión del pensamiento que la lectura del libro cervantino nos haya sugerido; empresa ardua para mí, que, deslumbrado por el derroche de bellezas que encuentro en cada una de sus páginas, fluctúo y siento el vértigo que causa la contemplación de las maravillosas creaciones que no pueden ser abarcadas por nuestro reducido alcance intelectual. No obstante, intentaré refrenar la mente para ver si respondo al fin propuesto; y sin más preámbulos, ponga mano a la obra:

¿Cuál es la idea culminante, cuál el sentimiento más definido que de mí se poseionan cuando me sumerjo en el apacible deleite que se desprende de la lectura del Ingenioso Hidalgo de la Mancha?

Séame permitido responder asociando el arte que profeso, el del diseño y el color, al de la palabra. Pues bien: si considero una obra de arte pictórica, tanto más me cautiva cuanto más vivo res-

plandece en ella el sabor de la realidad, sostenido por el fácil y cuidadoso maridaje del seguro trazo, del acertado tono, del bien concertado motivo, resumen del estudio sagaz y la cultivada experiencia. Si el artificio artístico desaparece y la obra contemplada asume y sostiene la espléndida apariencia de una realidad que subyuga y admira, como subyugan y admiran las maravillosas manifestaciones de la Naturaleza, entonces adquiero la convicción de que en aquella labor ha intervenido una chispa de la divina gracia que embellece el entero Universo. Y si el plan de la obra propende a despejar de tropiezos el sendero del adelanto humano, creo que el artífice llegó a merecer ocupar un puesto eminente en el desenvolvimiento del plan de Dios.

Ahora: Leyendo el *Quijote*, ese inimitable modelo de crítica que señala los puntos vulnerables de las tendencias de una época, y las candideces de ánimo que más o menos llevamos todos latentes o manifiestas en íntima asociación con nuestra personalidad, esa crítica paternal y educadora en que la postura grotesca y la cómica traza no empañarían la gentileza y dignidad del alma de los protagonistas que la informan, si la hubiesen tenido, adquiere a mis ojos las apariencias, no de la imaginada ficción y galana fantasía, sino de la más encantadora de las realidades. A poco de acomodar mi percepción a la manera de ver y de entender del Manco de Lepanto, ya no parece que vivo en el reducido medio que me rodea, sino en aquel donde él, con la superior mirada de los genios inmortales recogió el caudal insuperable de pormenores y experien-

cias del Arte, de la Ciencia, de la Filosofía, del mundanal y el verdadero aspecto de las cosas.

Tengo la creencia de que en épocas determinadas, en consonancia con el estado evolutivo de las naciones y de las razas, aparecen en ellas individualidades de índole tan receptiva, que son capaces de vibrar en armonía con los caracteres y cualidades del conjunto. Parece que esas almas privilegiadas se identificaran con el alma colectiva para exteriorizar y perpetuar sus experiencias, su peculiar adelanto y tendencias, y sólo así me explico el portentoso modo con que Cervantes resume en el *Quijote* todos los rasgos propios de la gran familia española, constituida por la amalgama de los más sobresalientes pobladores de la tierra. ¿Exagero? Solamente podrá suponerlo así aquel que no haya tenido la feliz oportunidad de convivir con los actuales descendientes de la generosa nación que está llamada a renovaciones inesperadas, nación que ha venido padeciendo las consecuencias de la plétora de sus actividades y abrumadora grandeza. Los que la conocen, aquellos extranjeros que, como Edmundo de Amicis, han podido estudiarla con imparcialidad y claro discernimiento, es seguro que habrán notado que los modelos en que se inspiró el autor del *Quijote* pululan todavía en ella por todas partes, entre las novísimas tendencias deducidas de un materialismo importado y extraño a su complexión e idiosincracia esencialmente espiritual, caballeresca, artística y filosófica, con su contraparte originalísima de la perspicacia y malicia redomada y bonachona de la masa popular campesina, que generalmente une a la sencillez candorosa aquella vivaz

e ingeniosa percepción calificada de «gramática parda», el deseo de agradar y servir con desinterés hasta tocar con frecuencia en los límites del sacrificio. Cervantes encontró la manera de personalizar estas características cualidades nacionales en su Caballero Andante y el fidelísimo escudero, en quienes se resumen con aticismo y derroche de gracia insuperables los extremos del ideal a que el mundo entero aspira, de la justicia, la fraternidad, el amor; de la guerra a la hipocresía, la mentira y la farsa sociales, ideal que resplandece y brilla tanto, más por emanar de una mente dislocada y fantástica, contrastando con la redomada malicia sanhopancesca, sensualista y materialota, incapaz de aceptar como práctico y bien encaminado nada que no satisficiera las aspiraciones propias de nuestra inferior y perecedera naturaleza.

Parece que Sancho y su señor y dueño representaran, uno el tosco vaso de arcilla del cuerpo humano ávido de emociones, de vida animal, y el otro el alma debatiéndose y chocando en él, en sus obscuridades, asperezas y limitaciones. De este contraste, se desprenden de continuo en el más humano de los libros, brillantes y continuos chispazos de la sabiduría y del ingenio, estrellas luminosas en el cielo del arte del bien razonar y el mejor decir, los cuales persistirán como lámparas inextinguibles a través de las edades. De la locura del Quijote brotan lecciones insuperables de filosofía, de ciencia y de arte, de racional religiosidad y equilibrado concepto de la Libertad y del Derecho.

De la de Sancho la taimada prudencia, los

ensueños de grandeza, la villana glotonería y la admiración sincera por todo lo que supera a la vulgaridad. Lo óptimo y lo pésimo de las realidades de la vida; la trama en que se entremezclan bienes y males, la verdad y el error; las fulguraciones del inmortal espíritu entre las densas sombras o las luces engañadoras de la percedera ilusión; todo cuanto promueve experiencias y lecciones sin las cuales se detendría la rueda alada del universal adelanto, se sintetiza en estas vigorosas creaciones del Caballero Andante y su abnegado escudero, cuya realidad puede encontrar cada cual en sí mismo, si se examina con imparcialidad, en tanto que vida tras vida supera sus humanas limitaciones.

¿Ha sido este el plan que se propuso desenvolver Cervantes con la facundia insuperable de su verbo y el caudal inagotable de sus observaciones y talentos? Tal es mi convicción; y por consiguiente, considero el *Quijote* como un verdadero y genialísimo poema, como tratado especialísimo de cultura y buen sentido.

Considerando, por último, que resulta casi un fracaso en el concierto social el ser incapaz de orientarse hacia la conquista de los nobles ideales a que debe aspirar el alma desenvuelta, los de la fraternidad, la libertad de conciencia, y el amor a la belleza, siempre tendrá más devotos y admiradores el loco, el Caballero de la triste figura convirtiendo en alas de su fantasía en castillos encantados las míseras cabañas, en gentiles princesas, las cerriles Dulcineas, y empleando sus arrogancias infantiles, ya contra efectivos vicios

e injusticias, o contra las quiméricas creaciones de su descarriada imaginación, que no los de mente calculadora y árida que vejetan como parásitos a la sombra de su egoísmo, empequeñeciéndolo todo al compararlo con su inútil dogmática y personal suficiencia. Hay que levantarse siempre, aunque tropezando y cayendo, en busca de más amplios y extensos horizontes, más bien que cristalizarse a la sombra de las vetustas murallas del acostumbrado modo, que ya no responda a las exigencias del porvenir.

TOMÁS POVEDANO